

zándolo para el 13 de Noviembre. En esa vez obró el padre Salvatierra con la misma decision y mansedumbre. Seguro de su autoridad sobre las tropas, y queriendo ahorrar sangre, no permitió disparar sobre los indios sino en último extremo, y aun entonces, solo al aire. Bien pronto se tranquilizan y vuelven á la carga; y entonces el magnánimo Juan María se adelanta solo hácia ellos y los conjura á evitar una muerte cierta. Los desgraciados por toda respuesta le dispararon una nube de flechas, que por fortuna no le tocaron.

A poco se presenta el cacique protestando la inocencia; las mujeres desechas en lágrimas, acuden llevando por la mano á sus hijos para negociar la paz, segun uso del país. El padre Salvatierra les habla en un lenguaje paternal, y les promete aceptar su arrepentimiento. Se observó que la mayor parte de las flechas cayó al pie de la cruz; ¡solo dos españoles fueron heridos! (1) Esta manifiesta proteccion del cielo, reanimó el valor de la pequeña colonia que resolvió no dejar el país aunque la galera y el buque hubieran perecido. Dios quiso recompensar le fe de esos cristianos. En el momento mismo en que el padre Juan María iba á celebrar una misa en accion de gracias, se deja oír el grito de ¡vela! ¡vela! y muy pronto apareció en la bahía la barca que habia sido enviada en busca de provisiones. Al aparecer saludó á la guarnicion con muchos disparos de cañon. Fa-

1 Tortolero y Figuerosa.

cil es comprender el gozo recíproco y el interés que excitaria la relacion de todo lo acaecido.

Los pasajeros perdieron la galera, y les fué forzoso volver al rio Hiaqui. La encontraron en la costa en donde habia varado. Entonces el padre Diego Marquina se echó á los piés de los indígenas suplicándoles que la pusiesen á flotar, y asegurándoles que después que fuese reparada volveria con su cargamento.

CAPITULO VII.

TRABAJOS DE LOS MISIONEROS.

Una de las principales ocupaciones de los misioneros en los primeros tiempos, fué la de componer un catecismo en lengua indígena y hacer repetir á los indios los principales artículos de la fe en ambos idiomas.

Era ciertamente un espectáculo tierno el ver á los hijos de los salvajes de rodillas y juntas las manos repetir los principales artículos del catecismo; y lo mas tierno aun era verles enseñar en seguida á sus padres y amigos lo que habian aprendido, todo con una gravedad bien superior á su edad.

Después de haber reconciliado á las tribus enemigas, la primer bendicion que Dios echó á

los trabajos del padre Salvatierra fué la conversion del cacique que le habia denunciado la conspiracion. Este hombre tenia ya algun conocimiento de la fe católica que recibió en la época de la primera expedicion de Ortando. Atacado de una cruel enfermedad, pidió ansiosamente el bautismo, y cuando supo la llegada del padre Juan María corrió á él saludándole con el título mas honorífico que habia oído y único que conocia: “¡Señor almirante!” Habló después en términos muy sentidos de los soldados y de los padres que conoció en aquella expedicion. No tardó en ser bien instruido, y recibió el bautismo en que se le puso por nombre Manuel Bernardo. El que antes tenia era Ibo, que significa sol. Sol era en efecto para su patria, á la que mas tarde iluminó; murió poco tiempo después con la mayor serenidad en medio de los agudos dolores de su enfermedad. Todos los suyos, como tambien muchos indios, recibieron al mismo tiempo el bautismo.

Católico, español y jesuita, el padre Salvatierra no podia dejar de introducir en esta nueva tierra el culto de la inefable Madre de Dios. ¡Cuán adecuado era á las circunstancias por razon de las necesidades, de los sentimientos de aquellos pueblos, niños aun para la civilizacion, niños tambien por lo reciente de su fe! El padre Juan María los reunia todos los domingos, segun uso de la Compañía; les explicaba algunos hechos referentes á la gloria de María, proponiéndoles en seguida alguna de las virtudes de esta madre de los cristianos. Su lenguaje

familiar, los tiernos nombres de madre, de virgen, de protectora, aquella imágen del Niño Dios que la mujer venerada tenia en sus brazos, todo contribuia á conmovellos excitando piadosamente su imaginacion, endulzando y civilizando sus costumbres; parecia que la Madre de Dios, la Virgen María sonreía milagrosamente dando á entender su agrado por las predicaciones del misionero y la atencion de los indígenas. En el primer sábaço que se reunieron en la pláya, en una choza que llevaba el nombre de Casa de Loreto, apareció de repente entre la punta de la bahía y la isla de Coronado la galera que vogaba á velas desplegadas, y que venia para desembarcar al padre Francisco María Piccolo, veterano de las misiones, quien para ayudar á la conversion de los pobres californios habia renunciado á sus altas funciones de visitador y fundador de otras iglesias lejanas.

Piccolo era antiguo amigo de Salvatierra. “Mi contento fué grande, dice este último, por la llegada de este hermano; y la celebraba menos por mí que por los españoles y por estos caros indígenas cuya conversion, gracias á él, me parecia asegurada para siempre. Creí ver en esta oportuna llegada una prenda de la predileccion de María.”

No puede menos de verse en esta union de dos hombres apostólicos, en este concierto de mutuos esfuerzos por hacer penetrar la palabra divina en el corazon de las naciones infieles, una renovacion del apostolado de los primeros siglos cristianos, y vienen deseos de exclamar

con el profeta de las liturgias: "Hé aquí estos hombres poderosos por el ascendiente de la virtud, hélos aquí haciendo oír al pueblo el mas santo de los lenguajes. La misma fe, la misma esperanza los anima; atacan á un mismo tiempo los corazones y las inteligencias; son infatigables para someter al yugo de Jesucristo." (Par fides, et par utriusque votum; corde divino penetrante verbo sub yugo Christi nimis obstinatas subdere gentes.—Himno de los santos Pedro y Pablo, de la diócesis de Nancy.)

Una vez obtenida la paz por los cuidados del padre Salvatierra, se pensó en construcciones que llegaron á ser indispensables para la guaricion y para los misioneros. Se bendijo una capilla y se celebraron en ella con regularidad los divinos misterios, y al ver los salvajes el empeño y constancia de los misioneros por instruirlos, comprendieron que no se trataba ya de la pesca ni del comercio de perlas, sino de fundar una religion nueva. Entonces los adivinos y los doctores del país presintieron la pérdida de su autoridad y de las ventajas que ella les proporcionaba; excitaron por lo mismo al pueblo para que se rebelase, poniendo en juego toda clase de imposturas. Estalló, en fin, una nueva guerra en 1698 en la cual los indígenas fueron vencidos (1).

1 Hé aquí una carta del padre Piccolo que explica esta agresion. "Los pueblos que encontramos, no pudiendo ser instruidos del designio que traíamos de sacarlos de las tinieblas del error y de la idolatría en

Si los misioneros no se hubiesen interpuesto y obtenido una amnistía general, el jefe militar los hubiera castigado severamente. Después de esto ya pudieron los misioneros celebrar sin inquietud los divinos oficios en la Semana Santa, lo que hicieron en presencia de los hijos del desierto, á quienes conmovió mucho la impoponente majestad de esas ceremonias y la patética armonía de los cánticos sagrados.

Salvatierra y Piccolo tomaron á su cargo catequizar á los neófitos; el segundo de ellos reunia é instruía en medio de los campos á los jóvenes de uno y otro sexo, mientras que el padre Juan María iba á predicar á los adultos en los montes y valles. Dejémosle hablar: Después de hacer una descripcion de la constancia

que yacian sepultados, y de trabajar por su eterna salvacion, puesto que no sabian nuestro idioma ni nosotros el suyo, pensaron que veniamos á su país con el objeto de arrebatarles la pesca de perlas como parece que otros intentaron hacerlo en otra época. Con esta idea tomaron las armas y se precipitaron en masa á nuestra habitacion, en donde no habia á la sazón mas que un corto número de españoles. La violencia con que atacaron y la multitud de flechas y piedras que nos arrojaron, fueron tan grandes, que hubiéramos perecido sin duda si la Virgen, que nos protegía, no nos hubiese dispensado su auxilio. Los pocos soldados que estaban con nosotros, ayudados del cielo, sostuvieron vigorosamente el ataque y rechazaron á los enemigos con tan buen éxito que tomaron la fuga.

FRANCISCO M. PICCOLO."

de los indígenas, de la cosecha de las pitayas que comienza en el mes de Junio y que es una época de fiestas para esos pueblos, continua el padre Salvatierra diciendo: "Esta interrupcion nos desagradaba tanto mas cuanto que la cosecha comenzaba á madurar y lograrse, gracias á las instrucciones que les dimos, y que duraron mas de siete meses, habiéndolas aprovechado tan bien que era un placer verlos y oirlos. Los jóvenes catecúmenos de ambos sexos, á quienes se habia enseñado el oficio de la santa cruz y otras devociones, me arrancaban lágrimas á menudo. Un joven, entre otros, llamado Juanico Cavalero, que no cumplia todavía cuatro años, con su pequenõ casquete en la cabeza y

"Nuestros enviados, dice el padre Piccolo en otra carta, sacaron á sus compatriotas del error en que estaban: de manera que, persuadidos de nuestras buenas intenciones vinieron á encontrarnos en crecido número mostrando grande alegría por nuestros deseos de instruirlos en nuestra santa religion y enseñarles el camino del cielo. Tan felices disposiciones nos animaron á aprender la lengua mórica que se habla en ese país. Dos años enteros se emplearon, parte en aprender el idioma, parte en catequizar á los indígenas. El padre Salvatierra se encargó de instruir á los adultos y yo á los niños. La asiduidad de esta juventud por venir á oirnos hablar de Dios, y su aplicacion en el aprendizaje de la doctrina cristiana, fueron tan grandes, que en poco tiempo se encontró perfectamente instruida. Muchos me pidieron el santo bautismo con tantas lágrimas é instancia, que no creí deber rehusárselos."

una varita en la mano, interrogaba á sus compañeros y llevaba su dedito á la boca imprimiendo silencio cada vez que alguno hablaba ó no ponía atencion. Tomaba á veces las medallas y relicarios de los soldados, y poniéndose de rodillas los besaba, los aplicaba á los ojos é invitaba á los españoles para que hiciesen lo mismo; y si alguno no le hacia caso no lo dejaba hasta haber logrado que lo hiciese, y todos estaban encantados de las importunidades de ese niño."

"Hay en los niños cristianos cierto encanto inefable que destella esa gracia inocente que es su mas bello ropaje, y del cual debiéramos revestirnos para entrar á tomar parte en los goces del Cordero sin mancha." (Chavin.)

Llegaron á faltar víveres; la barca que debia conducir provisiones no venia. Esta calamidad se hacia sentir con frecuencia en la colonia. En una de sus cartas, tan sencilla como patética, decia el padre Juan María: "Comienzo á escribiros sin saber si me quedará bastante vida para concluir, porque en este momento nos encontramos absolutamente faltos de todo. Como esta carestía aumente todos los dias, y yo soy el mas entrado en edad de todos los que estan en el campo de Nuestra Señora de Loreto, hay mucha probabilidad de que yo sea el primero que pague el tributo que todos debemos á la naturaleza."

Pero la solicitud evangélica de los buenos padres no se limitaba á solo los indígenas; la extendian tambien á la pequeña guarnicion que

allí se encontraba. Esos hombres acotumbrados á una vida tan aventurera é irregular, asistian, no obstante, con piadosa modestia á los ejercicios espirituales.

En cierta ocasion los misioneros les dijeron que en una ciudad de Alemania era condenado á multa todo el que jurase. Esto bastó para determinar á los soldados á establecer una cosa semejante: se convino en que el producto de las multas se destinaria periódicamente á un festin. Algunos de los soldados sufrieron la multa, y muy pronto no se oyeron mas blasfemias ni juramentos.

Al terminar una novena á la Santisima Virgen, apareció la barca "San José" cargada de provisiones que enviaba el padre Ugarte.

A principios de 1699 el padre Juan María penetró mas adentro del país. Tuvo cuidado de prevenir amistosamente á los habitantes de un lugar llamado Londó, de su próxima llegada y de los motivos de benevolencia que le llevaban allí. Mas los pobres indígenas se espantaron y huyeron. En vano trató de seguirlos llamándolos con las mas afectuosas expresiones. En la primavera siguiente logró mejor resultado su perseverancia; logró establecerse en un lugar que llamó "San Juan Bautista." Trató de instruir á los indígenas y se ganó mucho su afecto.

"Después de haber trabajado en la instruccion de estos pueblos, escribe un misionero, nos venia deseo de descubrir otros á quienes pudiéramos hacer igual servicio. Para lograrlo

con mas fruto consentimos, el padre Salvatierra y yo, en separarnos, no obstante la satisfaccion que teniamos en vivir y trabajar juntos. El tomó la ruta del Norte y yo la del Mediodia y del Occidente. Tuvimos grandes motivos de consuelo en estas excursiones apostólicas, porque como poseamos ya el idioma del país y los indígenas nos tenian verdadera confianza, nos invitaban á entrar en sus aldeas y mostraban un verdadero placer de recibirnos en ellas y de presentarnos á sus hijos. Una vez instruidos los primeros, fuimos en busca de otros á quienes sucesivamente enseñamos los misterios de nuestra religion. Así fué como el padre Salvatierra descubrió todos los habitantes que componen hoy dia la mision de Loreto Concho y la de S. José de Londó, y yo todo el país que se llama ahora la mision de S. Francisco Javier de Biaundo que se extiende hasta el mar del Sur."

"Adelantando así cada uno por nuestra parte, observamos que la nacion no era una misma sino que se encontraban mezcladas, muchas de las cuales unas hablaban la lengua monqui, que habiamos ya aprendido; mas otras hablaban la lengua laymona que no sabiamos aun (1). Esto

1 En California, dice Duflet de Mofras, hay una diversidad tal de dialectos, que en una extension de 200 leguas ocupada por las misiones se encuentran mas de cien idiomas completamente distintos. En sola la mision de S. José encontramos mas de cuarenta indígenas que se servian de dialectos diferentes. En

nos obligó á aprender el laymon que es mas extendido que el monqui y es mas rico. Nos dedicamos á su estudio con tal ahinco que lo aprendimos en poco tiempo, y comenzamos desde entonces á predicar indistintamente en laymon y en monqui. Dios bendijo nuestros trabajos, puesto que hemos administrado ya el bautismo á mas de mil infantes, todos muy bien dispuestos y tan deseosos de recibir esa gracia, que no pudimos resistir á sus reiteradas instancias. Mas de tres mil adultos, igualmente bien preparados, pidieron el mismo favor. Pero nosotros hemos creído conveniente retirárselos á fin de probarlos y afirmarlos en su santa resolucion."

CAPITULO VIII.

EL VIGGE-BIAUNDO.

El padre Piccolo se dirigió rumbo al Mediodía, detrás de escarpadas montañas, hácia un canton llamado Viggé-Biaundó. Algunos indí-

la de S. Juan habia indígenas que pertenecian á mas de quince tribus.

Sin embargo, el padre Taraval, que recorrió esta comarca, no encontró en uso en la California mas que tres lenguas: la de Loreto, la de los pericues y la de los cochimies. Esta última se divide en dos dialectos, el de los guaicuros y el de uchiti, variedad tan marcada que muchos cuentan hasta cinco lenguas.

1786 67

genas de ese canton habian venido ya á visitar á los padres (1).

Llegado á un punto rodeado de rocas y precipicios, fué abandonado por los soldados que no quisieron aventurarse mas. El intrépido jesuita continuó adelante, solo, á pié, y llegó por fin á encontrarse en medio de una tribu civilizada que lo recibió gozosa y cordialmente. Permaneció allí muchos dias evangelizando, y dió á esta nueva sociedad el nombre de S. Francisco Javier (2). Bandadas de indígenas bajaron de las montañas vecinas para visitar al misionero ("la sotana negra"). Aprovechóse de sus instrucciones respecto al país y prosiguió su excursion; encontró tierras muy susceptibles de cultivo, provistas de agua, de árboles frutales y de pastos. Cuando nuestro atrevido viajero regresó á Loreto, el padre Salvatierra hizo una nueva excursion á Londó, en donde lo aguardaban las dos tribus de los cochimies y de los monquies ya reconciliadas. Mas su ausencia habia reanimado las enemistades; su rivalidad habia llegado á ser tan profunda que no respetaron al misionero, llegando su audacia hasta el punto de dispararle una flecha que por fortuna solo hirió al animal que montaba, y esto cuando iba á bautizar ocho infantes. La dul-

1 Esto pasaba el 21 de Junio, fiesta de uno de los santos de la Compañía, san Luis Gonzaga.

2 Nombre que fué puesto tambien al primer indígena de este canton, que una vez bautizado, instruía á sus compañeros.

zura de su rostro no menos que la de su palabra, restableció pronto la armonía entre los dos pueblos. Todos, á porfía, se empeñaron en llevarlo triunfante á Loreto abriendo un camino hasta entonces impracticable.

Hemos hablado de las dificultades y peligros (que parecían insuperables) para habitar el país de Viggérbiando. ¿Pero de qué dificultades no triunfaban los jesuitas? El padre Piccolo se hizo ingeniero de caminos. A la cabeza de sus soldados y de los indígenas abrió un camino á través de las rocas y á lo largo de los precipicios. Luego que estuvo concluido, el capitán quiso ir á la descubierta; y llegados, no sin dificultad, á la cima de una montaña, estos tres hombres arrojados vieron desplegarse á sus ojos una vasta extension de país, y después los dos mares que bañan la California. Transportados de gozo hicieron una descarga de mosquetería que alarmó de pronto al padre Piccolo y á los demás que se habian quedado con él. Pero bien pronto se reunieron otra vez y regresaron á Loreto.

El valiente y piadoso capitán Tortolero se vió precisado á dar su dimision con gran sentimiento del padre Salvatierra que le dió los mas honrosos certificados y lo recomendó mucho á la audiencia de Guadalajara; nombró en su lugar á Garci de Mendoza, de cuyo comportamiento tuvo después motivo de quejarse. Durante el verano de 1699 se erigió una capilla á Nuestra Señora de Loreto. Sucedió que trabajando un sábado en esta obra los indígenas gritaron re-

entinamente anunciando la llegada de un buque. Era en efecto la galera de Guadalajara cargada de provisiones que el benefactor de la mision, D. Pedro Gil de la Sierpe, enviaba (1).

El padre Piccolo con el padre Mendoza fué en seguida á fundar una nueva mision en las montañas. La consagró á santa Rosalia. Pasó después á reconocer la costa opuesta del mar del Sur.

El año de 1700 fué notable por acontecimientos desgraciados que pusieron la mision en la mas peligrosa situacion. El "San José" y el "San Fermin" buques todos que perecieron sucesivamente en los escollos de las costas, solo quedaba á los misioneros la embarcacion llamada san Javier, si bien muy maltratada.

En tan afflictivas circunstancias, el padre Juan Maria dirigió al virey las mas reiteradas solicitudes pidiéndole recursos, sin los cuales la mision iba de seguro á carecer aun de lo mas preciso y hasta á perecer de hambre. Concluida declarando que el padre Piccolo y él mismo estaban resueltos á quedarse en la mision aun cuando hubiesen de ser asesinados por los salvajes. El virey, sea por olvido ó por mala voluntad, dejó sin respuesta las cartas, y cuando por instancias del padre Ugarte se vió precisado á hacer esta triste pintura al consejo, se limitó á asignar mil pesos para los gastos, que no

1 El historiador Mignel Venegas hace notar en este pasaje que la proteccion del cielo se hacia mas patente el sábado.

podian cubrirse sino con treinta mil. El padre Ugarte no aceptó este irrisorio recurso. Para paliar esa conducta, no se titubeó en calumniar á los padres con sospechas sobre su manejo. Se llegó hasta decir que habian hecho perecer el "San Fermin" para tener pretexto de obligar al tesoro real á nuevas exacciones. No fué difícil al padre Salvatierra desmentir esas calumnias. Entonces se pretendió exigirle la presentacion del poder ó autorizacion en cuya virtud pasó á California y la habia, por decirlo así, conquistado. El poder fué presentado; nada se especificaba en él acerca del punto de subsidios del erario real. Era muy fácil probar que si no habian sido necesarios esos subsidios para hacer la conquista, sí lo eran para conservarla. Y, no obstante estos debates, las necesidades eran mas imperiosas; los plazos se alargaban bajo diversos pretextos. Fué ofrecido un buque pero á condicion de que el padre Ugarte lo pagase si el rey no ratificaba la concesion. Los padres no tenian medios de hacer esos desembolsos anticipados. Por lo mismo no se les dió ni buque ni cosa alguna. Cansados de tanta negativa, solicitaron en vano certificados que acreditasen sus servicios á fin de dirigirse á la corte.

En Madrid se habian recibido noticias sobre las expediciones de los jesuitas en California. Una señora, la condesa de Galves, vireina que habia sido en México, apoyó ante el consejo de Indias la católica y nacional causa de los misioneros. Se prometió facilitarles recursos, pero antes que pudieran ser enviados murió la con-

desa. El mismo rey Carlos II, último y débil vástago de la casa de Austria, sucumbió á sus enfermedades y no se pensó mas en la California.

CAPITULO IX.

REINADO DE FELIPE V.

El nieto de Luis XIV, al ascender al trono de España, no podia permanecer indiferente á estas conquistas tan gloriosas para la religion y para la patria. Desde el primer año de su reinado (1701) dirigió al nuevo virey (arzobispo de México), al obispo y á la audiencia de Guadalajara, formales órdenes en favor de esta importante expedicion, usando de palabras llenas de reconocimiento y afeccion por los misioneros que se consagraron á tan digna empresa. La misma reina Luisa de Saboya, aquella gran princesa que vivió largo tiempo para dicha de la España y del rey, quiso tambien manifestar su estimacion por esos intrépidos conquistadores. Dirigió, durante la guerra que Felipe V sostuvo en el Norte de la España, una notable orden en la cual leemos, entre otras, estas palabras,